

Suscripción.
 En la capital. 4.50 ptas. trimestre
 Id. fuera de la capital. 5 id. id.
 Id. en oro. 18 id. semestre
 Ultramar en oro. 25 id. id.
 Id. un año en oro. 7.50 id. trimestre
 Extranjero.

Todo pago se entiende por adelantado.

Redacción y Administración, calle del Progreso, 4, 3.º, 1.ª

LA LUCHA

Anuncios.
 En la 1.ª página una peseta la línea.—En la 2.ª, 75 céntimos.—En la 3.ª, 50 céntimos.—En la 4.ª, 25 y a los suscritores 12 céntimos.—Anuncios mortuorios en la 4.ª página, desde cinco pesetas 50 céntimos, en adelante.—Comunicados y remitidos de 1.50 a 5 pesetas la línea a juicio de la Administración.

Corresponsal en París para anuncios y reclamos. A. LORETTE, 61, Rue Gaumartin

AÑO XXIII // *Se publica todos los días, excepto los siguientes á festivos.* // **Gerona, martes 4 de Abril de 1893.** // **NÚMEROS SUELTOS** // **N.º 4.947** // 25 céntimos.

MUERTE DE CRUZ.

En estos días en que se recuerda la Pasión y su terrible desenlace, quizás ignoran muchos de los que asisten á las iglesias y adoran, postrándose en tierra, la cruz redentora del género humano, qué clase de tormento era el que padecía el reo condenado á acabar sus días, clavado en una madera y suspendido en alto para que le viese el pueblo expirar. Pues sabed que acaso, excepto el palo de los moros, no inventó la barbarie humana tortura más espantosa ni agonía más atroz que la que aceptó para sí el Dios hombre.

Acertaba Cicerón al calificar la cruz de *crudelissimum terriberrimumque supplicium* y decir que el nombre de tal clase de castigo ni aún debía pronunciarse en un pueblo libre, por ser indigno del ciudadano romano.

Dicen que la inventora del suplicio de Cruz, fué una mujer, la reina Semiramis, aquella hija de las palomas que en esto lo pareció de tigres.

La ironía más espantosa va envuelta en la forma de la cruz, pues el hombre fijo en ella, dirían que estendiéndole los brazos demandando piedad y así permanece horas y horas sin que contesten á su súplica más que los graznidos de los cuervos que revoltean alrededor de su cabeza esperando la hora del fúnebre banquete. Era la cruz, ya de forma de horquilla, ya como la conocemos dos palos cruzados sirviendo los extremos del mayor, el inferior para fijarlo en tierra, el superior para clavar el cartel con el nombre del reo.

Cuando había prisa, cualquier árbol ofrecía una cruz natural: en el tronco se clavaban los pies, en dos ramas los brazos. Más en las ciudades, así como hoy existe y se custodia el garrote, custodiábanse las cruces ya hechas y prontas á recibir al sentenciado. En Roma, á un lado y á otro de la Via Apia, se alzaron á un tiempo centenares de cruces destinadas á los esclavos rebeldes. Tres días bajaron los romanos—como en alegre romería—á recrearse por el espectáculo de las hileras de los crucificados. Al tercer día muchos estaban vivos. Renán lo afirma: el crucificado de compleción fuerte, no moría sino de hambre.

Parece demostrado que el modo más usual de crucificar era el que conocemos por las estampas y descripciones de la muerte de Jesús. Tendido en tierra el instrumento de suplicio, acostaban sobre él al reo desnudo. Si resistía, lo ataban primero con cuerdas. Cristo no resistió y solo tuvieron que estirarle violentamente las piernas por la contracción y crispatura que se le ocasionó al clavar las manos.

Abierta la palma, hincaban en su centro á martillazos un clavo grueso, largo, de cabeza casi plana y grande que sujetase bien y no permitiese, al dilatarse la herida, que se escapara la mano sujeta. Las piernas se dejaban algo flojas; los pies se clavaban aparte cada uno, por ser más difícil colocarlos invertidos como algunos pintores los representan. Hecho esto, erigíase la cruz por medio de cuerdas, y ya encajada en el hueco del terreno, se apisonaban alrededor tierra y guijarros á fin de que estuviese firme.

Los escritores místicos se han fatigado mucho en discurrir si, para crucificar á Cristo, le quitaron todas sus vestiduras.

En general inclinaronse á la negativa. Parecíales afrentosa á la santa Humanidad de Cristo la completa desnudez. Sin embargo, un reciente historiógrafo de la Pasión, el padre Olivier, dominico, opina que á Cristo se le trató como á los demás reos, y asegura que este parecer está probado por los más autorizados testimonios, entre ellos el de la valiente Santa Brígida, la cual, con sencillez notable, escribe que el Señor subió á la Cruz *sicut natus erat.*

Representase cualquiera la posición en que se hallaba el crucificado. Algunos creen que ayudaba á hacerla menos intolerable, una repisa en que descansaba la planta de los enclavados pies y un tarugo que, colocado en mitad del madero, servía como de asiento á la víctima.

No es seguro sin embargo que existiesen tales indicios de conmiseración. Lo más probable es que, gravitado todo el cuerpo sobre los pies y colgado de las manos, contracciones indecibles y descoyuntamientos inexolicables le martirizaban.

Con ser tan horrible el dolor de músculos y nervios, más estremecen las perturbaciones de la circulación, porque es de advertir, que los crucificados sangraban poco por manos y pies.

Impidiendo la posición que las arterias envíasen libremente la sangre á las extremidades, ésta aflúa al vientre y á la cabeza y por la presión violenta de las carótidas, encendía el rostro y causaba insufrible zumbido y dolor. Por su parte, la aorta no funcionaba paralizándose á ratos el corazón y síncope, desvanecimientos, ahogos y aquella sensación de *mareo de mar* que describe Flaubert al pintar la crucifixión de los mercenarios, anticipaban todas las angustias de la agonía.

La sed sobrevenía; las abiertas fauces aspiraban el aire vivo y fuerte, pero apenas llegaba á los pulmones: amargor inmenso, infernal ardor desecaban el paladar, los ojos se alzaban al cielo como buscando en él algo... Los cuervos revolteaban, las nubes corrían, el sol tramontaba, acercábase la luna en que dejaría solo en la cruz al moribundo... y gracias si algún compasivo verdugo cuidaba de darle el breva embriagador de vino é incienso, ó de juego de adormideras—es decir de opio—que embotando su sensibilidad, le hiciese olvidar y morir sin sentido.

No era así; al amanecer, la frescura del nuevo día despertaba de su letargo al crucificado: allá á lo lejos veía las torres de la ciudad, el mar azul y sereno, los bosques verdes y sombríos, la libertad, la vida... y el gemido profundo, estertoroso, que salía de su pecho, condensaba un llamamiento supremo al Autor de la naturaleza, al Dios que nos crió y que en cada lengua tiene distinto nombre. No fué Jesús el único que dijo al Padre: «¿Por qué me has desamparado?»

EMILIA PARDO BAZÁN.

50 Marzo de 1893.

(Prohibida la reproducción.)

Desde Madrid.

31 Marzo de 1893.

Como queriendo sin duda mitigar nuestros recelos y sinsabores del presente, alguien echó á volar por la prensa la noticia de la futura é importante herencia que nos espera para el año 1960 en que, el valor aproximado de cinco mil millones de pesetas que actualmente tiene la red de ferrocarriles que cruza nuestra península, pasará por entero á ser propiedad del Estado, en virtud á haber espirado el plazo de las concesiones hechas en tal condición, y podrá aquel obtener un rendimiento anual de 200 millones de pesetas próximamente.

Todo esto será muy conveniente y provechoso para las generaciones que tengan la dicha de vivir entonces; pero ¡ay! por muy buena que haya sido la intención del que lanzó la noticia, en nada facilita ni alivia nuestro desgraciado presente, que es el que aspiramos á modificar los que tenemos la mala suerte de respirar en él.

Vea pues el autor de aquella, el modo de descubrir algo eficaz y concerniente á nuestro actual estado, y apresúrese á indicárselo al Gobierno y al país, en la certidumbre de que dará inmediatos resultados, por que este último, si hubiese necesidad, se sentiría dispuesto á suplir la incuria y abandono de aquél.

El descontento continúa en las capitales á quienes perjudica la división militar, y aumenta el del comercio por lo de las zonas fiscales.

Fueron elegidos senadores por Puerto Rico, los señores Torre Villanueva, Gallan y Ladico, este último posibilista.

Ha sido derrotado en la Cámara popular el gabinete francés, al sostener las modificaciones que el Senado introdujera en el presupuesto. Por consecuencia de esto, la crisis es total.

En el Consejo que celebraron ayer tarde los ministros, se negaron á dar cuenta de los indultos que hoy se propondrán á S. M. en el acto de la adoración de la cruz; de los puntos que el Mensaje comprende, y de los nombres que han de figurar en la mesa y comisiones, y los de aquellos que han de cubrir las vacantes de senadores.

Al decir de el de Marina, dió cuenta de sus economías que importan 1.400.583 pesetas; el de la Guerra, de una real orden prorrogando por un mes el plazo hábil para redimir el servicio activo, y es fácil que además se hayan ocupado los Ministros de la suspensión del servicio de correo interpeninsular de Cuba, que desde 1.º de Abril, con los perjuicios consiguientes, se propo-

ne hacer la casa de Herrera, que hoy lo presta.

Madrid 1.º Abril de 1893.

Siguen razonando tanto el comercio de Madrid como el de provincias, contra el decreto de Hacienda estableciendo zonas fiscales, alegando en su apoyo que no es por estos caminos por donde se consigue matar al contrabando, sino modificando los aranceles y facilitando al comercio medios y modos para la introducción, pues así se evita el incentivo constante del fraude que es el enemigo más mortal del fisco.

No se opone, no, el Comercio de buena fé á que el Gobierno tome cuantas medidas estime necesarias para la defensa de los intereses del Erario; pero estas han de estar circunscritas á los puertos y fronteras y ejecutadas por personas á quienes se señale la necesaria retribución para subvenir suficientemente á sus necesidades, alejándolas así de todo peligro de prevaricación.

Hacer otra cosa es solo poner trabas y dificultades que, además de no beneficiar al Tesoro, perjudican notablemente al comercio honrado sin que por esto se evite el fraude, como se desprende del siguiente irrefutable hecho.

Un comerciante de X., recibe 1.000 sacos de azúcar, constando por consiguiente en la Aduana, cargada á su haber aquella partida. Remite despues 400 sacos á B., 100 á C., y 100 á F., cuyos envíos serán anotados en el *debe* de su cuenta. Según parece, todo marcha bien hasta aquí, como así es; pero el citado comerciante consume los restantes 400 sacos en la venta al por menor en X., que según el artículo 11 pueden circular libremente; y siendo así, ¿qué medios empleará la Administración para comprobar esta salida que es el completo de los 1.000 sacos?

Pues si esto no es fácil, y como en la Aduana resulta en cuenta corriente un saldo de 400 sacos de azúcar á favor del aludido comerciante; si este por sus influencias ó por otros medios, encuentra blandura por parte de los funcionarios públicos afectos á estos servicios, ya se vé que cómo camino le ha abierto este exceso de rigor para que, sin peligro alguno, pueda dedicarse serena y tranquilamente á la práctica del contrabando.

Piense en ello el Ministro de Hacienda, y no eche en saco roto tan útiles advertencias.

Colmo de sencillez.

Al pié de la vertiente Norte de la singular montaña de Montserrat, existe un número muy escaso de casitas pintorescas diseminadas por entre aquellos riscos; las que, en conjunto, constituyen una aldea ó pueblo llamado de Santa Cecilia de Montserrat ó Marganell. ¡Si será grande! Con el sufragio universal cuenta nada más que sesenta y ocho electores.

La Iglesia parroquial tiene su emplazamiento en el borde de una meseta que está casi al final de una de las estribaciones ó contrafuertes de la montaña de canto rodado, vica en toda clase de calizas comunes y aun duras, en limonitas, fósiles (mioceno), taleo endurecido, serpentina oílar y más que todo en calcitas, dando unos alabastros confundibles por su color y rayados con las calcedonia y cornalina. De la vejetación, nada hay que hablar; conocida es con exceso por todos la riqueza de plantas medicinales y alimenticias, maderas de construcción y de lujo que se dan allí espontáneamente y sin ninguna clase de cultivo.

Pegada á la dicha Iglesia, que por cierto nada es comparable con ella por lo modesta, se levanta una torre de moderna construcción y sin ninguna línea arquitectónica, la que, no elevándose más allá de unos nueve metros, resulta monumental comparada con el resto del templo de una sola nave y con un adoso perpendicular de una capilla destinada al Santísimo Sacramento. Junto á la torre se adelanta un arco que pone en comunicación la casa Parroquial con el interior de la Iglesia. Excusado es advertir, que para ir á misa debe atravesarse un cementerio que rodea las otras tres fachadas, cuyo cementerio está cercado por una vetusta tápia en la que se adelanta algún nicho que corre parejas con el resto del edificio.

Dos misas debe celebrar el cura único de la feligresía en los días de obligación; en esta época, la primera es á las 6 y media y la segunda, llamada la mayor, es á

las nueve ó nueve y cuarto. En esta última tiene efecto la solemne bendición de ramos, y es de ver como acuden en hileras y serpenteando la mayor parte de los feligreses, subiendo unos y bajando otros por senderos en que no cojen dos de á fondo y que no afectan un solo metro á nivel. Las fabricas de San Vicente, Castell vell, Baumá y Mouistrol, vecinas *in partibus* del pueblo (pues dista la que menos más de 8 kilómetros) á donde acuden muchos en busca de nuestro pan de cada día, han ido desterrando paulatinamente del lugar á las características *barretina* y *capuchas*, pero no podrán desterrar jamás el color local que tienen los hijos de esa montaña.

Los chiquillos no alborotan y ni traban peleas con los ramos, como sucede en casi todas las poblaciones grandes y chicas: á medida que van llegando hombres, mujeres y niños, cada uno con su ramito de laurel ú olivo, van entrando en la Iglesia depositándolo en el testero, junto la puerta, dejando algunos de preferencia amontonados en el presbiterio y á cada lado del altar mayor. Solo entre tanto ramo, se descubre una palma (*palmó*) sencilla; lisa, sin un lazo, nada, absolutamente nada; esa palma es para el bueno del cura quien, despues de la bendición, va arrancando sus hojas y repartiéndolas entre los asistentes, primero á los hombres y luego á las mujeres, dejando á la pobre con solo el palo y tres ó cuatro hojitas en la punta, pues no queda alma viviente sin la correspondiente hoja ó media hoja recibida de manos del celebrante, que por cierto es digno del mayor respeto por su sensatez é inmejorables costumbres, habiendo sabido conquistarse sólidas simpatías entre tiros y troyanos.

Excusado queda añadir que ni un músico, ni una voz esparce sus ecos por entre aquellas toscas paredes; todo es rezado y en voz sumamente baja, que solo escuchan cuatro muchachitos con roquete sin pianchar, desempeñantes del oficio de monaguillo.

Pálido queda todo comparado con la procesión; ésta se organiza por todos los ámbitos de la Iglesia. Dos de los monaguillos cojen los ganfalones (que fueron en otros tiempos de tejido encarnado) y se ponen en marcha; un anciano sube al presbiterio, toma la cruz á guisa de abanderado llevando en la izquierda un farol todo de lata con algunas rajaduras para que respire la luz; de aquí, de allá y acullá, abren cajas y sacan cabos de hacha los obreros y administradores, las que reparten entre algunos asistentes; cada una de esas hachas va provista de una avandola de lata para que no haya desperdicio; luego el señor cura con pluvial y los restos de la palma, seguido de *dos administradores* con hacha y detrás el resto de los asistentes; número de luces en conjunto, nueve.

Recorre la procesión el cementerio, pasa por debajo del arco que une la casa parroquial con el templo, y vá á dar la vuelta por los restos de un barracon con tres cuarteados muros, sin techo y sin señal de puerta de ninguna especie, ocupando una superficie de unos siete metros cuadrados, que está muy cerca de la Iglesia. En uno de los lados del barracon y junto á la boca de entrada, hay una baldosa barnizada en la que está escrito con caracteres azules «Casa consistorial».

Lo solitario del sitio, lo agreste del terreno, la modestia que impera en todo, su propia sencillez, el misticismo y buena fé de los asistentes, sus trajes, su modo de ser en general y en el fondo los encrespados picos del Montserrat siempre centenarios, dan al cuadro toda la sublime poesía de las obras de nuestro paisano Urgell; todo el feroz realismo de Courbet; toda la frescura de Corot; toda la filosofía de Kaulbach y, finalmente, toda la armonía de colorido que en sus decoraciones sabía imprimir nuestro malogrado paisano Francisco Pla.

Las fiestas del Jueves y Viernes Santo, en especial la procesión del Via-cruceis, corren parejas con el domingo de Ramos. Nada existe comparable por su sencillez y modestia en todo, con la Semana Santa de Santa Cecilia de Montserrat ó Marganell. Para saborear en todo en valor la sublimidad de esa misma sencillez, precisa haber visto la de Sevilla, recordar la de Barcelona antes del 68 y haber estado dentro de la Catedral primada de España (Toledo) con su triple dotación de canónigos.

P. A. U.

